

»Tengo en este momento un asunto demasiado grave entre manos para distraerme un solo minuto. En cuanto le encuentre salida, me ocuparé de vosotros. Hasta muy luego.

Vuestro afectísimo, *fuera* del corazón de María

»El abate L. VERGER,

»*Cura de Serris (Sena y Marne).*»

Verger interrogaba con suma curiosidad á cuantos podían verle en su prisión; en ella se mostraba sereno, jactancioso, discutiendo. Su gran preocupación no era el justo terror de las consecuencias de su crimen, sino el deseo de erigirse un pedestal á los ojos de la opinión pública, de darse á conocer, de producir efecto: tratar con todas las superioridades gerárquicas de potencia á potencia, perorar sobre las cuestiones de dogma, avanzar friamente rancias heregías que él daba como producto de su cerebro, mezclar en todas estas divagaciones dogmáticas las cuestiones mezquinas de interés personal; calumniar groseramente á todos los que había podido conocer en su carrera eclesiástica, y especialmente papelear, escribir sin cesar sobre todo, y á propósito de todo: tales eran los principales rasgos de su actitud.

Trasladado algunos días después á la conserjería, al mismo calabozo que había ocupado el regicida Pianori, se mostró Verger muy satisfecho de las piadosas atenciones que le demostraban M. Leiveillé, director de la prisión, y M. Ragaly, uno de los escribanos. Parecía ignorar su posición terrible, y hablaba del porvenir con sangre fría. Así es que pedía vestidos de mas abrigo *para pasar el invierno*. Cuando se le anunciaba alguna visita ó notaba alguna muestra de curiosidad, se animaba su semblante y decía: «Mi causa es una nueva causa célebre; se hablará de ella por mucho tiempo.»

A instancia suya se presentó su hermano en la prisión acompañado de un fotógrafo para hacer su retrato, mas habiendo rehusado la autoridad el permiso para reproducir las facciones del asesino, Verger pareció violentamente contrariado por tal negativa.

Todas estas palabras, todas estas acciones parecían revelar en este desgraciado esa miserable fatuidad del crimen que se apodera de algunas inteligencias perversas. No era suficiente lo que había hecho, dejaba entrever lo que hubiera querido hacer, y hablaba del deseo que hubiera tenido de ir á Roma; de manera que daba á entender el pesar monstruoso de no haber podido herir otra cabeza mas ilustre.

Tratóse de hacerle comprender cuánto se engañaba sobre la situación de los espíritus respecto á él. La opinión pública, sublevada por tanto cinismo, acababa de ser dolorosamente removida aun con las últimas consecuencias del crimen. Dos ceremonias religiosas habían recordado tristemente la pérdida que acababa de tener la Iglesia.

Habíase elevado un tumulto en una de las cuatro grandes salas del piso bajo del palacio arquiepiscopal. En estas salas, tapizadas de negro, veíanse fijos de distancia en distancia escudos de las armas de la familia de la ilustre víctima. La divisa de estos escu-

dos resumía una vida empleada en hacer bien: *Maior autem horum est charitas*, la caridad es mas que todo.

Bajo un dosel de terciopelo negro sustentado por columnatas plateadas, y en un vasto lecho de terciopelo negro, se hallaba espuesto con sus vestidos sacerdotales el cuerpo del venerable prelado. Su semblante descubierto tenía esa expresión de calma y de serenidad que da por lo común la muerte violenta á las facciones; en él se leía aun esa bondad sencilla y esa dulzura inteligente que reproduce tan bien el grabado que damos á nuestros lectores. Un gentío innumerable se agrupaba al pié de este trono fúnebre, y millares de fieles venían, alternativamente, silenciosos y recogidos, á arrodillarse ante el nuevo mártir, y hacer tocar en su herida medallas y rosarios. Estas lúgubres tapicerías, estos ciriales de vacilantes resplandores, estos sacerdotes recitando en voz baja el oficio de difuntos, esta multitud conmovida, este pastor dormido en la muerte, todo esto sobrecogía los corazones de un dolor tierno y respetuoso.

El 10 de enero fue el día destinado para rendir los honores fúnebres á monseñor Sibour. A pesar de la fina y congelada lluvia que caía, se veían las calles henchidas de un gentío inmenso, y la iglesia metropolitana enteramente cubierta de tapices negros, bordados de lenguas de plata, no podía contener en su inmensa nave mas que una débil parte de los fieles que acudían á este triste espectáculo.

En el momento en que el carro fúnebre llegó delante de la iglesia, al ruido solemne de las contras del órgano y de los cañones colocados en los jardines del arzobispado, entró Verger en la conserjería.

Otra evocación del crimen fue la conmovedora ceremonia de la consagración de la iglesia de San Estéban del Monte, verificada por monseñor Bonnehose, arzobispo de Evreux. La víctima estaba sepultada, la sangre había sido lavada por las súplicas y bendiciones de los ministros; pero la justicia de los hombres no estaba aun satisfecha.

El 9 de enero se presentó el informe al tribunal de acusaciones por el abogado general Sallé. El tribunal pronunció inmediatamente la providencia, por la que enviaba á Verger ante el tribunal de Assises del Sena. Este mismo día, á las cuatro, se notificó á Verger esta providencia: quedábanle cinco días para interponer recurso de casación contra esta decisión. Fijóse el día de su comparecencia en el sábado 17, y el presidente Bonriot de Salignac le nombró de oficio por defensor un abogado conocido por su gran talento, M. Nogent Saint Laurens. Por una escepción, casi sin ejemplo en París, debía presidir la audiencia el primer presidente, M. Delangle. El procurador general, Vaisse, debía ocupar el sitio del ministerio público, asistido del abogado general Barbier.

Monsieur Nogent Saint Laurens halló en la conserjería al acusado, sentado ante una mesa y hojeando con ardor las piezas del proceso que se le habían entregado. Verger se levantó, dió algunos pasos há-